

Homilias

EN LA MISA DE ACCIÓN DE GRACIAS POR LA CANONIZACIÓN DE SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ

Huelva, 29 de octubre de 2002

“Los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios (*Rm* 8,14). Estas palabras del apóstol Pablo, que acaban de resonar en nuestra asamblea, nos ayudan a entender mejor el significativo mensaje de la canonización de Josemaría Escrivá de Balaguer, que hoy celebramos. Él se dejó llevar dócilmente por el Espíritu, convencido de que sólo así se puede cumplir en plenitud la voluntad de Dios”. Así comenzaba el Papa la homilía de la Misa de la canonización, en Roma, el pasado 6 de octubre.

Aún contemplo, igual que muchos de vosotros, la inmensa multitud que, con recogimiento y en silencio orante, con el corazón lleno de alegría y de agradecimiento, llenaba la plaza de San Pedro de Roma y sus alrededores, participando de aquella solemne ceremonia, y en la acción de gracias del día siguiente. El martes, día 8, volvimos a reunirnos con el mismo fin muchos obispos, sacerdotes y fieles laicos españoles en la Basílica de San Pablo Extramuros. Allí estabais también un buen número de vosotros, que participasteis en la peregrinación diocesana.

Todos hemos experimentado la gran alegría de recibir un espléndido regalo de Dios, no por esperado menos impresionante en su grandeza. Ahora, con esta solemne concelebración eucarística, damos gracias por este don inestimable, en el que reconocemos la paternal misericordia divina, que nos impulsa a seguir los pasos de San Josemaría por el camino de la santidad heroica en la vida ordinaria.

Al canonizar a San Josemaría, la Iglesia propone a todos los fieles el ejemplo de su vida y de su doctrina con la fuerza de un solemne acto magisterial. Es un momento de enorme trascendencia histórica, porque la Iglesia proclama que el mensaje del fundador del Opus Dei, rubricado con su vida heroica, se dirige, sin distinción, a la multitud inmensa de fieles corrientes, y les hace patente que en el bautismo fuimos consagrados y enviados, es decir, fuimos hechos hijos de Dios, configurados con Cristo y llamados a ser perfectos como Dios Padre es perfecto, y, al mismo tiempo, fuimos enviados a proclamar el evangelio a toda la creación, sin salirnos del lugar que ocupa cada uno.

Al inicio del nuevo milenio, el Papa ha querido recordar que el ideal de la santidad «no ha de ser malentendido, como si implicase una especie de vida

extraordinaria, practicable sólo por algunos *genios* de la santidad. Los caminos de la santidad son múltiples y adecuados a la vocación de cada uno. “Doy gracias al Señor —decía el Papa— que me ha concedido beatificar y canonizar durante estos años a tantos cristianos y, entre ellos, a muchos laicos que se han santificado en las circunstancias más ordinarias de la vida. Es el momento de proponer de nuevo a todos con convicción este ‘alto grado’ de la vida cristiana ordinaria” (*Novo millennio ineunte*, n. 31).

La canonización de San Josemaría proclama con autoridad el mensaje de que la santidad grande, la santidad de altar —la única que existe—, es asequible a todos; que cualquier persona puede alcanzarla en las circunstancias concretas de su vida, si se esfuerza por corresponder al amor de Dios y por identificarse con Cristo.

Lo explicaba el Papa en la audiencia del día 7 en la plaza de San Pedro: “San Josemaría fue escogido por el Señor para anunciar la llamada universal a la santidad y para indicar que las actividades comunes que componen la vida de todos los días son camino de santificación. Se podría decir que fue el santo de lo ordinario. En efecto, estaba convencido de que, para quien vive en una perspectiva de fe, todo es ocasión de encuentro con Dios, todo es estímulo para la oración. Vista de este modo, la vida cotidiana revela una grandeza insospechada. La santidad aparece verdaderamente al alcance de todos”.

En palabras del Fundador del Opus Dei: “La vida ordinaria puede ser santa y llena de Dios”. “El Señor nos llama a santificar la tarea corriente, porque ahí está también la perfección cristiana”. Por tanto, todas las virtudes son importantes para el cristiano: tanto las virtudes sobrenaturales —la fe, la esperanza y la caridad—, como las virtudes humanas —la generosidad, la laboriosidad, la justicia, la lealtad, la alegría, la sinceridad, etc—. Ejercitando esas virtudes, humanas y evangélicas, el cristiano imita a Jesucristo y lo hace presente en el mundo.

“La santidad *grande* está en cumplir los *deberes pequeños* de cada instante” (*Camino*, n. 817), enseñaba San Josemaría. En las cosas pequeñas, como por ejemplo, los detalles de servicio, de buena educación, de respeto a los demás, de orden material, de puntualidad, es donde se demuestra la caridad fina con los demás. Cuando se viven por amor de Dios, esos detalles son una ocasión —quizá la única que muchos encontraremos— para manifestar nuestro amor a Dios y a los demás, a la esposa o al esposo, a los hijos, a la familia, a los necesitados, y, en definitiva, a las personas a las que nos toca servir en la sociedad. Desde la comprensión y el servicio a todos, y sólo desde ahí, se puede transformar el mundo e instaurar en él una auténtica cultura del amor que, sin reticencias ni eufemismos, nos conduzca a una verdadera cultura de la paz.

Desde el principio de la Obra, San Josemaría practicó y enseñó a vivir a los que le rodeaban lo que el magisterio eclesiástico más reciente ha denominado “opción preferencial por los pobres”. “El Opus Dei ha nacido entre los pobres de Madrid”, afirmó incansablemente. Y así fue. Los grandes hospitales madrileños de finales de los años 20 y de los años 30, los arrabales de la capital, los orfanatos y asilos, los comedores de caridad fueron los lugares que San Josemaría frecuentó en esa época y en los que Dios quiso que se desarrollara la semilla del Opus Dei que Él había sembrado en el corazón del fundador.

Toda la existencia del nuevo santo está marcada por esta predilección por el dolor, consecuencia de su comprensión de la *ciencia de la Cruz*. Y siempre vio —e hizo descubrir a sus hijos— a Jesucristo en el pobre, en el enfermo, en el desvalido, en el que padece soledad, en el que sufre, en el niño. Caracterizó, también, a su vida el amor a la Iglesia y al Papa, a quien gustaba llamar, como Santa Catalina de Siena, “el dulce Cristo en la tierra”. San Josemaría hablaba de la Iglesia con tal pasión que la llamaba siempre “mi madre, la Santa Iglesia Católica”. Deseó servirla a lo largo de toda su vida “como la Iglesia quiere ser servida”, que es el mejor modo de vivir la comunión eclesial. Gozaba con sus frutos de santidad. Sufría indeciblemente con sus tribulaciones. Toda su vida fue un prolongado y eficaz servicio a la Iglesia. Éste, y no otro, es el fin de la Obra: servir a la Iglesia, pero no como una parte sirve a otra, sino como una parte sirve al todo al que pertenece. Dentro de ese amor a la Iglesia se enmarca su amor al sacerdocio y a los sacerdotes. A lo largo de su existencia promovió incansablemente las vocaciones sacerdotales y dedicó una parte considerable de su oración y de su actividad a ayudar a los sacerdotes diocesanos, a los que, en la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, ofreció una ayuda espiritual para que cada uno busque la santidad en el ejercicio de su ministerio, sirviendo a la unidad con sus propios obispos y con sus hermanos del Presbiterio diocesano.

Queridos fieles: la experiencia de la Iglesia una, santa, católica y apostólica que hemos vivido en Roma, sea algo más que un hermoso recuerdo: sea el compromiso para buscar con pasión la santidad personal y para convertir el trabajo en apostolado, y hacer que toda la vida propia sea fermento, sal y luz de Cristo en el mundo.

Quiero terminar con palabras del Papa:

“¡Que el Señor os ayude, queridísimos hermanos y hermanas, a acoger esta exigente herencia ascética y evangelizadora!

¡Que os sostenga María, a quien el Santo Fundador invocaba como *Spes nostra, Sedes Sapientiae, Ancilla Domini!* [...]

¡Que la Virgen haga de cada uno de nosotros un auténtico testigo del

Evangelio, dispuesto a dar en todo lugar una generosa aportación a la edificación del Reino de Cristo!

¡Que nos sean de estímulo el ejemplo y las enseñanzas de San Josemaría, para que, al término de nuestro peregrinar terreno, podamos también nosotros participar en la bienaventurada herencia del Cielo!

¡Allí, junto con los ángeles y todos los santos, contemplaremos el rostro de Dios y cantaremos su gloria por toda la eternidad!”.